

POR FAVOR, ¡PLÁGIENME!

(PLAGIANDO SISTEMATIZADA Y PROGRESIVAMENTE)

El plagio es la destilación del artista. La obra del plagiario el alambique.

La distancia más corta entre dos obras de arte es el plagio. Porque entre dos piezas perfectas de una máquina no se concibe la inexistencia de un ensamble discontinuo y también perfecto.

A los estudiantes de plagio

El movimiento estético plagiario actual debe encaminarse a la sistematización de las formas plagiarias puras. Cualquiera puede crear. Plagiar es para los elegidos.

Todo ensayo o conferencia sobre el plagio que se precie debe tener en sí mismo varios plagios. Por eso plagiando a Oscar Wilde en su famosa conferencia A los estudiantes de arte os digo: En la conferencia que hoy tengo el honor de pronunciar ante ustedes, no deseo daros una filosofía sobre el plagio (esto lo dejaré para ociosos creadores) sino deciros sencillamente cómo podemos hacer plagios. Hasta aquí el saqueo literario; ahora continúo sin motorizaciones.

Si lográsemos inventar un estilo podríamos plagiar a gusto: porque con estilo, las ideas y hasta las imágenes viejas se presentan de manera nueva y las nuevas, si surgieran, seríanlo doblemente.

El temor a la crítica suele encajonar y ahuyentar al artista que aún no posee una sólida personalidad estética. Le sucede lo que al adolescente, quien adopta una pose debido a su no formación, acoplándose al primer armazón que ve. Le basta ser atacado por un irónico para que se repliegue precipitadamente dejando en el camino todos los pertrechos, bagajes, emblemas y hasta el calzado. Pero nosotros, los abajo firmantes del manifiesto del plagio sistematizado y progresivo, tenemos la obligación de actuar con más grandeza. Por supuesto que al decir grandeza quiero significar que la nuestra será la imitación de la grandeza, que nuestra cobardía será la imitación de la cobardía, que nuestro heroísmo será en todo momento la imitación del valor.

El personaje está escribiendo sentado a una mesa. Entra un amigo y lo interroga:

—¿Qué estás haciendo?

—Plagiando.

—Bah y eso qué valor tiene.

—¿Qué valor? Permitime que te diga, camarada tecnócrata, que plagiar sin que a uno lo descubran requiere poco menos que una mecánica cuántica de vanguardia. Porque los plagios sutilísimos, se explican con

una mecánica clásica sólo en grandes números, lo cual es imperfecto. Pero...

—Dejá de delirar. ¿Qué estás plagiando?

—...pero en la intimidad del átomo (no me interrumpas, no seas mal educado); pero en la intimidad plagiaria del átomo, o sea en pequeños números cuánticos... Estoy plagiando la teoría de los cuantos de Planck.

—Ah.

Y he aquí lo que escribe el sistematizado:

“En manera alguna el plagiario se limita a deformar las imágenes y redistribuirlas (si así lo hiciese no pasaría de ser un vulgar artesano). Por el contrario: se ve obligado a efectuar toda una redistribución cuántica de las imágenes plagiadas. Vale decir: asignarle a cada una un nivel energético y un número. Esta es la cuanto plagiación del átomo de arte.

La mecánica plagiaria nueva deberá prestar especialísima, especialísima atención a la existencia del mínimo plagiario de acción. O sea al cuanto de acción, que como todo el mundo sabe es la integral curvilínea según la trayectoria de la cantidad de movimiento de toda una vida dedicada a desvalijar a los otros sin que a uno lo pesquen. Pero desechad ya para siempre esa vieja imagen de uno emputecido en una simple mecánica clásica de copia, sino ahora ved a uno creando sobre el maravilloso, maravilloso plagio, produciendo crecimientos monstruosos sobre brazos, piernas y troncos mutilados para evitar así de un solo plumazo, toda esta pobrísima, pobrísima manifestación de creación mecánica a la cual los artistas creadores nos tienen acostumbrados”.

Muchos artistas no se atreven a citar un libro, un pasaje, o una idea que se acerque a su obra en algún punto. No quieren reconocer antecedentes, a veces ni ante sí mismos. Temen que piensen que son poco originales o que han imitado. Generalmente un autor no habla de plagio, de la misma forma que las personas sanas no hablan del cáncer: no porque sean tan sólidas, sino precisamente porque no ignoran que el humano es un ser predispuesto a morir (hay antecedentes de muertos en la familia). La muerte es heredable. De vidrio somos, dijo el licenciado Vidriera.

El proceso de detectar y combatir plagios en nuestro interior es peligroso: puede llevar a la autodestrucción. Pero todas estas son preocupaciones del creador. Nosotros tenemos otros problemas: sistematizar todo mecanismo plagiario que descubrimos en el interior de nuestras transformistas personas (el plagio es una forma del transformismo); no permitir que muera dicho mecanismo; cultivarlo como una flor sagrada (estoy plagiando un título de Haggard, entre nosotros).

Así pues propongo la firma de un Manifiesto -secreto, desde ya- sobre el plagio sistematizado y progresivo.

Claro está que cuando a un autor honrado lo obsesiona el plagio sólo tiene dos caminos. Uno: dejar de escribir. Dos: escribir sobre el asunto en la forma más delirante que pueda, con la esperanza de llegar a una zona estable. Pero en nosotros, los plagiadores autoconfesos, está abierta una tercera posibilidad: abrir los brazos al plagio. No intentar ya su alejamiento: provocar su propagación sistemática hasta quedar motorizados en forma total. Amar el plagio.

—Amarlo con todas la fibras de nuestro así creído ser.

—En una palabra: sos plagiario consciente como algunos son cornudos conscientes.

—Exacto -contestó el plagiario sin pestañear.

Plagiario mártir. Jesucristo entre dos creadores.

“Te has salvado. Hoy estarás conmigo en el Paraíso”... y he aquí que uno de los creadores fue perdonado.

(En el bar Moderno)

—¿De dónde sacaste esa idea? Es demasiado buena para ser de un tarado como vos.

—Es mía.

—Mentira. ¿A quién se la robaste? ¿Quién es tu víctima?

—Es mía puesto que la he plagiado. El plagio es un absoluto. Es como el genio de la lámpara de Aladino: obedece al último dueño.

—¿Querés decir que el plagio es el genio de las ideas?

—Sí -y se quedó satisfechísimo, mientras libaba una ginebra con hielo que le trajo Ismael.

(Nuevamente en el bar Moderno. Un plagiador agrade a otro):

—Ha cultivado la estética desfigurativa. No deja de ser una rama del arte, después de todo.

—Sí. Soy uno de los nuestros -replica instantáneamente el otro devolviendo el estiletazo desde la mesa vecina- ¡Ismael!: otra cerveza.

—Tú ya debes \$3.000 ¿Cuándo me vas a pagar?